



JOHN STEINBECK

*Los arrabales de Cannery*

Cannery Row, el arrabal conservero de Monterrey, es un poema, un hedor, un ruido chirriante, una cualidad de la luz, una tonalidad, un hábito, una nostalgia, un sueño. Es el lugar donde viven Mack y sus muchachos, golfos y vagabundos de buen corazón; y Doc, el científico individualista, alma auténtica del barrio; y Dora, bondadosa *madame* del burdel Bandera del Oso; y Lee Chong, el astuto tendero chino que siempre acaba proporcionando crédito para todas las francachelas. Y los pescadores y los perros callejeros y las prostitutas y los artistas y los soldados con sus novias. Sobre las cabañas y los bares de Cannery Row gravitan las fuerzas del bien y del mal, que arrastran a los personajes y les confieren la función de catalizadores de la gran urdimbre cósmica. Serán quizá esas poderosas influencias —en combinación con tres o cuatro garrafas de *whisky*— las que actúen para torcer los planes de Mack y sus amigos cuando estos intenten agasajar a Doc con la mejor fiesta de su vida.

## Prefacio

El arrabal conservero de Monterrey, California, es un poema, un hedor, un sonido discordante, una clase de luz, una tonalidad, una costumbre, una nostalgia, un sueño. El arrabal es una mezcla de hojalata, hierro, maderos mohosos y astillados, pavimento roto, solares cubiertos de hierba y montones de juncos, fábricas hechas de hierro acanalado, dedicadas a la conserva de sardinas, restaurantes, prostíbulos, tiendas de comestibles, laboratorios y casas deshabitadas. Sus habitantes son —como un hombre dijo una vez— «prostitutas, jugadores, alcahuetes e hijos de perra», queriendo significar con ello todo el mundo. Si el hombre hubiese mirado por otro agujero, podría haber dicho: «santos, ángeles, mártires y seres benditos», y hubiera dado a entender la misma cosa.

Por la mañana, cuando las lanchas sardineras vuelven de la pesca, los hombres entran lentamente en la bahía arrastrando sus redes de pesca y haciendo sonar sus silbatos. Los cargados botes arriban al lugar de la costa donde las fábricas de conservas hunden su cola en la bahía. La figura está bien elegida, pues si las fábricas hundiesen su hocico en la bahía, las sardinas enlatadas que salen por el otro extremo serían, metafóricamente al menos, mucho peores. Suenan los pitos de las fábricas y, en toda la ciudad, hombres y mujeres se ponen apresuradamente sus ropas y se disponen a trabajar. Luego, lujosos automóviles transportan a las clases privilegiadas: inspectores, contadores, propietarios, que desaparecen en sus oficinas. Luego vienen de la ciudad chinos y polacos, hombres y mujeres con pantalones

nes, chaquetas de hule y delantales encerados. Van corriendo para limpiar, cortar, preparar y envasar el pescado. Toda la calle grita, gime y rechina, mientras el plateado río de sardinas sale de los botes, y éstos van emergiendo de las aguas hasta que quedan vacíos. Las fábricas gimen y se agitan hasta que la última sardina ha sido preparada y enlatada, y entonces vuelven a sonar los pitos, y los chorreantes, malolientes y cansados chinos y polacos, hombres y mujeres, salen para dirigirse a la ciudad, y el arrabal recobra su aspecto —mágico y tranquilo—. Vuelve otra vez a la vida normal. Los holgazanes que se habían retirado con disgusto bajo los negros cipreses, salen a sentarse sobre las tuberías del solar. Las chicas de Dora salen a tomar un poco de sol, si es que lo hay. El doctor sale del Laboratorio Biológico de Occidente y cruza la calle para dirigirse a casa de Lee Chong y comprar allí medio litro de cerveza. Henri, el pintor, husmea como un perro entre el montón de juncos en busca de algún trozo de madera o metal que necesita para el bote que está construyendo. Luego, la obscuridad avanza y se enciende el farol enfrente de la casa de Dora: la luz de luna que ilumina perpetuamente el arrabal. Al laboratorio llegan visitantes que quieren ver al doctor, y éste cruza la calle para ir a buscar más cerveza en casa de Lee Chong.

¿Cómo es posible aislar vivos, el hedor y el sonido discordante, la luz, la tonalidad, la costumbre y el sueño? Cuando se coleccionan especies marinas, hay ciertos gusanos aplanados tan delicados, que resulta casi imposible obtenerlos enteros, pues se rompen si se les toca. Hay que dejarlos que voluntariamente se deslicen sobre la hoja de un cuchillo y entonces transportarlos con cuidado al recipiente de agua de mar. Y quizá sea ése el modo de escribir este libro: abrir la página y dejar que los relatos se deslicen espontáneamente.

## I

La tienda de Lee Chong, aunque no era un modelo de limpieza, era un milagro de surtido. Era pequeña y estrecha pero en su breve recinto un hombre podía encontrar todo lo que necesitara o quisiera para vivir y ser feliz —ropas, comida, tanto fresca como enlatada— licores, tabaco, equipos de pesca, maquinaria, botes, cuerdas, gorros, tajadas de puerco. Donde Lee Chong se podían comprar un par de pantuflas, un kimono de seda, un cuarto de pinta de *whisky* y un cigarro. Se podían elaborar combinaciones para satisfacer casi cualquier capricho. La única comodidad que Lee Chong no podía satisfacer puede haber sido la de conducirlos a la casa de Dora.

La tienda abría al alba y no cerraba hasta que el último centavo circulante había sido gastado o retirado por la noche. No es que Lee Chong fuera avaro. No lo era, pero si uno quería gastar dinero, no se hacía de rogar. La posición de Lee en la comunidad le sorprendía a él mismo, hasta donde podía ser sorprendido. En el transcurso de los años todo el mundo en el arrabal le adeudó dinero. Nunca presionó a sus clientes, pero cuando la deuda se hacía muy grande, Lee cortaba el crédito. En lugar de escabullirse, el cliente usualmente pagaba o trataba de hacerlo.

Lee tenía el rostro ovalado y agradable. Hablaba un inglés corriente sin usar jamás la letra R. Cuando las persecuciones contra los chinos comenzaron en California, Lee se encontró con que se había puesto precio a su cabeza. Entonces viajó en secreto a San Francisco y entró en un hospital hasta que los problemas pasaron. Lo que hiciera con su

dinero, nadie lo supo nunca. Tal vez nunca lo tuvo. Es posible que su riqueza consistiera por entero en deudas no pagadas, pero vivía bien y se había ganado el respeto de todos sus vecinos. Confiaba en sus clientes hasta que prolongar la confianza ya resultaba ridículo. A veces cometía errores en los negocios, pero incluso a éstos les sacaba provecho aumentando su buena reputación, si es que no en otra forma. Así sucedió con el Palace Flophouse Grill. Nadie más que Lee Chong hubiera considerado la transacción una pérdida total.

El puesto de Lee Chong en la tienda quedaba detrás del mostrador de los cigarros. La caja registradora quedaba entonces a su izquierda y el ábaco a su derecha. Dentro de la caja de vidrio estaban los cigarros marrones, los cigarrillos, el Bull Durham, la mezcla Duke, los Five Brothers, mientras tras él, apilados sobre la pared estaban las pintas, medias pintas y cuartos de Old Green River, Old Town House, Old Coronel, y el favorito Old Tennessee, un *whisky* mezclado con garantía de cuatro meses de añejamiento, muy barato y conocido en el vecindario como Old Tennis Shoes. Lee Chong no se ubicaba entre el *whisky* y el comprador sin razón. Algunas mentes muy prácticas habían alguna vez tratado de desviar su atención hacia otra parte del almacén. Primos, sobrinos, hijos y nueras aguardaban en el resto de la tienda, pero Lee nunca abandonaba el mostrador de los cigarros. La parte superior del vidrio era su escritorio. Sus regordetas manos delicadas permanecían sobre el vidrio, los dedos se movían sin descanso como pequeñas salchichas. Una gran sortija de oro de bodas en el dedo medio de su mano izquierda era su única joya y con ella golpeaba silenciosamente sobre la alfombrilla de goma que los golpecitos habían gastado mucho tiempo atrás. La boca de Lee era llena y benévola y el brillo dorado cuando sonreía era rico y cálido. Llevaba unos anteojos y puesto que miraba todo a través de ellos, tenía que echar su cabeza hacia atrás para ver a la distancia. Intereses y descuen-

tos, sumas, restas, todo lo hacía en el ábaco con sus pequeños incansables dedos salchicha, y sus amistosos ojos castaños vagabundeaban por la tienda y sus dientes brillaban hacia los compradores.

Una noche, cuando estaba en su sitio con un atado de periódicos para mantener calientes sus pies, contemplaba con humor y tristeza un negocio que se había concebido esa tarde y cerrado más tarde ese mismo día. Cuando uno abandonaba la tienda, si daba vuelta a la esquina a través del terreno en el que crecía la hierba, dirigiendo sus pasos entre las herrumbrosas tuberías que salían de las fábricas de conservas, veía un camino gastado en la maleza. Siguiéndolo más allá de los cipreses, a través de la vía del ferrocarril, trepando por un sendero con listones, llegaba a un amplio y bajo edificio que por mucho tiempo fue usado como sitio de depósito de comida para pescado. Consistía en una gran habitación techada y pertenecía a un caballero angustiado llamado Horace Abbeville. Horace tenía dos esposas y seis hijos y durante un período de años había conseguido, a fuerza de ruegos y persuasión, construir un depósito, el mejor de todo Monterrey. Esa tarde había ido a la tienda y su sensitivo rostro cansado había vacilado delante de la sombra de dureza que cruzaba la cara de Lee. El grueso dedo de Lee golpeaba la alfombrilla de goma. Horace puso las palmas de sus manos sobre el mostrador de los cigarros.

—Adivino que te debo bastante pasta —dijo simplemente.

Los dientes de Lee relampaguearon en respuesta a un acercamiento tan diferente a cualquiera que nunca hubiera escuchado. Asintió gravemente, pero esperó a que la trampa se revelase.

Horace humedecía sus labios con la lengua, un buen trabajo entre comisura y comisura.

—Odio tener a mis niños con esto colgando sobre ellos —dijo.

—¿Por qué?

—Apuesto a que no les permitiría llevar encima ahora un paquete de caramelos.

El rostro de Lee Chong estuvo de acuerdo con esta conclusión.

—Bastante pasta —dijo.

Horace continuó.

—Conoces ese lugar mío a través del sendero, donde está la comida para pescado.

Lee Chong asintió. Era su comida para pescado.

Horace dijo con seriedad:

—Si yo fuera a darte ese lugar, ¿lo limpiarías conmigo?

Lee Chong echó su cabeza hacia atrás y miró a Horace a través de sus cristales mientras su mente revoloteaba entre las cuentas y su mano derecha se movía sin descanso sobre el ábaco. Consideraba que la construcción era débil y que el terreno podría adquirir valor si una fábrica de conservas llegase algún día a prosperar.

—Shu, —dijo Lee Chong.

—Bien, que se hagan las cuentas y te haré una factura de venta de ese lugar.

Horace parecía apurado.

—No hay necesidad de papeles —dijo Lee—. Yo hago los papeles para pagar en un solo contado.

Terminaron el trato con dignidad y Lee Chong ofreció un cuarto de pinta de Old Tennis Shoes. Y entonces Horace Abbeville, caminando muy recto, atravesó el terreno más allá de los cipreses y a través del sendero y subió por el caminito y entró al edificio que había sido suyo, y se golpeó con un bulto de comida para pescado. Y aunque esto no tiene nada que ver con esta historia, ningún niño de Abbeville, no importa quien fuese su madre, conoció la falta de un caramelo nunca en adelante.

Pero regresemos a esa noche. Horace estaba en el bastidor con las agujas de embalsamar, y sus dos esposas estaban sentadas en los escalones de su casa con sus brazos



entrelazados (fueron buenas amigas hasta después del funeral, y entonces se dividieron los hijos y nunca se volvieron a hablar de nuevo). Lee Chong permanecía detrás del mostrador de los cigarros y sus bellos ojos marrones miraban hacia adentro en una calmada y eterna tristeza china. Sabía que no habría podido ayudar, pero deseaba poder haber sabido y acaso habría ayudado. Formaba parte profunda de la gentileza y del entendimiento de Lee la idea de que el derecho de un hombre a suicidarse es inviolable, aunque a veces un amigo pueda hacerlo innecesario. Lee ya había suscrito el funeral y enviado una gran canasta de víveres a las familias de los deudos.

Ahora Lee Chong era el dueño del edificio de Abbeville —un buen techo, un buen piso, dos ventanas y una puerta—. Es cierto que estaba atiborrado hasta arriba con comida para pescado y que su olor era delicado y penetrante. Lee Chong lo encontraba apropiado como depósito de comestibles, una especie de almacén, pero ya lo pensaría más tarde: estaba lejos y cualquiera podría penetrar por una ventana. Golpeaba la alfombrilla de goma con su sortija de oro, considerando el problema, cuando se abrió la puerta y entró Mack. Éste era el jefe, mentor y, hasta cierto punto, el explotador de un pequeño grupo de hombres cuyo nexo común era no tener familia ni dinero y cuya única ambición era comer, beber y estar alegres. Pero aunque la mayoría de los hombres cuando buscan la alegría suelen desgastarse sin conseguir su objeto, Mack y sus amigos iban calmadamente en busca del placer y lo saboreaban con mesura. Mack y Hazel, un joven de extraordinaria fuerza, Eddie, que a veces estaba de suplente en un bar de La Ida, Hughie y Jones, que de vez en cuando cazaban ranas y gatos para el laboratorio, vivían en las oxidadas tuberías que había en el solar inmediato a la casa de Chong. Es decir, vivían en las tuberías cuando había humedad, pero si hacía buen tiempo vivían a la sombra del negro ciprés del solar. Las ramas del árbol se inclinaban formando un dosel bajo el cual un hom-

bre podía contemplar, echado, el río de vitalidad del arrabal conservero.

Lee Chong enderezóse ligeramente al ver entrar a Mack, y sus ojos recorrieron rápidamente la habitación para asegurarse de que Eddie, Hazel, Hughie o Jones no habían entrado también y se dirigían hacia los comestibles.

Mack dio a conocer sus intenciones con toda franqueza.

—Lee —dijo—, yo, Eddie y el resto hemos oído que eres el dueño del edificio de Abbeville —Lee inclinó la cabeza y esperó—. Yo y mis amigos hemos pensado pedirte que nos dejaras estar allí. Te cuidaríamos la propiedad —añadió rápidamente.

—No dejaríamos que nadie entrase o estropease algo. Los chicos pueden romper las ventanas, ya sabes... —sugirió Mack—. Puede producirse un incendio si no hay nadie que vigile.

Lee echó hacia atrás la cabeza y miró a Mack a través de sus cristales; el lento movimiento de sus dedos indicaba que estaba absorto en sus pensamientos. En los ojos de Mack se leía buena voluntad, cordialidad y un deseo de hacer feliz a todo el mundo. ¿Por qué se inquietaba entonces Lee? ¿Por qué su espíritu tomaba precauciones como un gato que anda entre los cactus? La proposición había sido hecha amablemente, casi con espíritu de filantropía. El pensamiento de Lee iba más allá, examinando las posibilidades —no, eran probabilidades—, y el golpear de sus dedos se hizo más lento aún. Se vio rechazando la petición de Mack, y vio los cristales rotos. Mack entonces se ofrecería otra vez a guardar su propiedad, y al negarse por segunda vez, Lee podía oler el humo, veía las llamas que subían por las paredes. Mack y sus amigos tratarían de apagar el fuego. El dedo de Lee se quedó inmóvil sobre la alfombrilla. Estaba vencido. Él lo sabía. Sólo podía resistirse para salvar las apariencias, y Mack iba a ser muy generoso respecto a esto. Lee dijo:

—¿Queréis pagar alquiler? ¿Queréis vivir allí como si fuera un hotel?

Mack sonrió y dijo generosamente:

—Es una idea. ¿Cuánto?

Lee meditó. Sabía que no importaba lo que pidiese. No iban a pagarle de ningún modo. Podía pedir una gruesa suma.

—Cinco dólares semanales —dijo Lee.

Mack llevó la comedia hasta el fin.

—Tendría que hablar con los muchachos —dijo dubitativamente—. ¿No podrías dejarlo en cuatro dólares?

—Cinco dólares —dijo Lee con firmeza.

—Bien, veré lo que dicen los muchachos.

Y esto fue todo. Todos quedaron contentos. Y aunque pudiera creerse que Lee Chong sufrió una pérdida, al menos no tenía preocupaciones. No se rompían las ventanas. No se producían incendios y, aunque no le pagasen el alquiler, cuando los inquilinos tenían dinero, cosa que sucedía frecuentemente, no se les ocurría ir a gastarlo en otro lugar que no fuese la tienda de Chong. En sus inquilinos tenía un pequeño grupo de clientes en potencia. Y más aún: si algún borracho causaba alboroto, si los chicos bajaban de New Monterrey dispuestos a robar, Lee Chong no tenía más que llamar, y sus inquilinos corrían en su ayuda. Y nuevas ventajas: no se puede robar a un bienhechor. Lo que se ahorra Lee en latas de conservas y sandías representaba más que el valor de la renta. Y si las tiendas de comestibles de New Monterrey experimentaban repentinas pérdidas, eso no era asunto de Lee.

Los muchachos entraron y la harina salió. Nadie sabe quién dio nombre a la casa conocida hasta entonces por Palace Flophouse Grill. En las tuberías y bajo el ciprés no había lugar para muebles ni esos pequeños adornos que no sólo califican, sino que limitan nuestra civilización. Una vez en el Palace, los muchachos se dedicaron a amueblarlo. Apareció una silla, luego un catre y después otra silla. Una

ferretería proporcionó una lata de pintura roja, y en cuanto aparecía una nueva silla o mesa, se la barnizaba, con lo cual no sólo se la embellecía, sino que se la ocultaba a los ojos de un posible dueño anterior. Y el Palace Flophouse Grill comenzó a funcionar. Los muchachos podían sentarse en la puerta y mirar la vía, el solar o las ventanas del Laboratorio, que se hallaba enfrente. Por la noche oían la música del Laboratorio. Y sus ojos seguían al doctor cuando atravesaba la calle para ir a casa de Lee Chong en busca de cerveza. Y Mack decía:

—El doctor es un buen tipo. Deberíamos hacer algo por él.

## II

La Palabra es un símbolo y una delicia tal que absorbe hombres, escenas, árboles, plantas, fábricas y pekineses. Luego la Cosa se convierte en Palabra y la Palabra en Cosa, pero constituyendo un fantástico tejido. La Palabra absorbe el arrabal conservero, lo digiere y lo expulsa, y entonces el arrabal tiene el brillo del mundo nuevo y del océano que refleja el cielo. Lee Chong es algo más que un tendero chino. Tiene que serlo. Quizá es un desequilibrado sostenido por el bien —un planeta asiático mantenido en su órbita por la atracción de Lao Tse y arrancado de Lao Tse por la fuerza centrífuga del aparador y la caja registradora—, Lee Chong girando en medio de comestibles y espíritus. Un hombre firme con una lata de alubias; un hombre débil con los huesos de su abuelo. Pues Lee Chong buscó en la tumba del cementerio chino y halló los amarillos huesos, el cráneo con el cabello gris aún adherido a él. Y Lee envolvió cuidadosamente los huesos largos —fémures y tibias—, colocando el cráneo en medio, los rodeó con la pelvis y clavículas y lo metió todo en la caja de las costillas. Luego, Lee Chong envió los restos de su abuelo más allá del océano, para que descansasen por fin en tierra santificada por sus antepasados. Mack y los muchachos también giran en sus órbitas. Son las «Virtudes», las «Gracias», las «Bellezas» de la precipitada y desgarradora locura de Monterrey, del cósmico Monterrey, donde los hombres, por miedo al hambre, destrozan sus estómagos en la lucha para conseguir alimentos, donde los hombres hambrientos de amor destruyen todo lo amable que los rodea. Mack y los mucha-

chos son las «Bellezas», las «Virtudes», las «Gracias». En el mundo, gobernado por tigres con úlceras, surcado por toros en celo, asolado por ciegos chacales, Mack y los muchachos comen con los tigres, acarician a las vacas frenéticas y recogen las migas para alimentar con ellas a las gavioetas del arrabal. ¿De qué le sirve a un hombre hacerse dueño del mundo y llegar a su posesión con una úlcera gástrica, la próstata enferma y perdida la vista? Mack y los muchachos evitan la trampa, rodean el veneno, pasan sobre el nudo corredizo, mientras una generación de presos y envenenados les grita llamándoles inútiles, perdidos, vergüenza de la ciudad, ladrones, pillos, holgazanes, Dios, artífice supremo, que ha concedido el don de supervivencia al coyote, a la rata común, al gorrión, a la mosca y a la polilla, debe tener un gran amor por los inútiles, vergüenza de una ciudad, holgazanes, y por Mack y los muchachos. Virtudes y gracias, pereza y deleite. Dios artífice supremo.

## III

La casa de Lee Chong está a la derecha del solar vacío, aunque nadie sabe decir por qué se llama vacío a un solar lleno de viejas calderas, grandes maderos y pilas de latas. Detrás del solar vacío está la vía del ferrocarril y el Palace Flophouse. Pero a la izquierda del solar se encuentra el severo y majestuoso prostíbulo de Dora Flood; una casa decente, limpia y anticuada, donde un hombre puede tomar un vaso de cerveza rodeado de amigos. No en casa de escándalo, sino un virtuoso club, dirigido y disciplinado por Dora, quien, señora y pupila durante cincuenta años, ha sabido, gracias a su tacto, honestidad, caridad y realismo, hacerse respetar por los eruditos, los inteligentes y los buenos. Y por las mismas razones es odiada por la lasciva hermandad de esposas cuyos maridos respetan el hogar, pero no se sienten muy atraídos por él. Dora es una gran mujer alta con brillante cabello color naranja y una especial predilección por los trajes de noche color verde Nilo. Posee una casa decente, de precio único, no vende licores fuertes y no permite las charlas procaces. Algunas de sus muchachas están inactivas por causa de la edad y las enfermedades, pero Dora nunca se desprende de ellas, aunque, como ella dice, «hay algunas que no llegan a funcionar tres veces en el mes pero siguen comiendo tres veces al día». En un momento de pasión local, Dora dio a su establecimiento el nombre de Restaurante del Oso y se dice que hubo gentes que entraron a pedir un *sandwich*. En la casa hay, normalmente, doce mujeres, contando las viejas, un cocinero griego y un hombre conocido por «el vigilante», pero que tiene